

Esta es una pequeña muestra
del libro *Sorprendido por Jesús*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“Me encanta el objetivo de *Sorprendido por Jesús*, de Dane Ortlund: llenar el tanque de nuestro corazón con ‘la gracia de alto octanaje que toma nuestra conciencia por el cuello e inyecta nueva vida con un perdón tan escandaloso que no podemos evitar ser cambiados’. Este es el tipo de gracia que hace que los discípulos amen tanto al Salvador que darán su vida por Su gloria”.

Bryan Chapell, pastor y autor de *Gracia sin límites*
y *La predicación Cristocéntrica*

“Dane Ortlund es un artesano de la prosa, aún más: escribe con discernimiento teológico y buen ojo para la aplicación al corazón. Leer este libro es tener un encuentro sorprendente con el Salvador. Dane nos guía a través de los cuatro Evangelios, destacando las sorprendentes palabras y acciones de Cristo, acciones que se vuelven más asombrosas en el Calvario. Más que nada, al leer estas páginas me acordé del extraordinario amor del Salvador por mí y de Su admirable gracia, la cual es increíblemente desmedida, vasta y gratuita”.

C.J. Mahaney, pastor y autor de *Disciplinas para la vida*

“El mundo quiere justicia y, a decir verdad, la Iglesia a menudo también la quiere. En este libro, Dane Ortlund defiende, a partir de los Evangelios, que lo que la Iglesia y el mundo (al que da testimonio) necesitan, es gracia. La gracia es contraintuitiva, no tiene precio y, sin embargo, es totalmente gratuita. Abandonados a nosotros mismos, la odiamos. La consideramos degradante y como un testimonio de nuestra corrupción moral y debilidad. Sin embargo, la gracia es el camino de salvación de Dios, tal como se revela en los actos y dichos de Jesús en los cuatro Evangelios. Este libro es extraño: contiene la reprensión sincera que trae aliento, libertad y gozo. Vale la pena leerlo”.

Carl R. Trueman, autor de *El origen y el triunfo del ego moderno*
y *Lutero sobre la vida cristiana*

“*Sorprendido por Jesús*, de Dane Ortlund, es una guía muy útil para una comprensión del cristianismo centrado en el evangelio. A partir de material registrado en los cuatro Evangelios, Ortlund nos presenta la convincente imagen de la gracia subversiva, tan diferente de la tenue y tímida imitación de la religión pálida y anémica. Lee este libro y empápate del evangelio de la gracia”.

Josh Moody, pastor y autor de *Juan 1-12 para ti*
y *Juan 13-21 para ti*

SORPRENDIDO

por

JESÚS

DANE ORTLUND

SORPRENDIDO

por

JESÚS

La gracia subversiva en los cuatro Evangelios



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#SorprendidoPorJesús

Sorprendido por Jesús

La gracia subversiva en los cuatro Evangelios

Dane Ortlund

© 2024 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Surprised by Jesus*

© 2021 por Dane Ortlund.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Nueva Biblia de las Américas © 2005, por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-78-2

SDG

Para papá,

quien me ha convencido de las verdades de estas páginas con palabras y, lo que es mucho más poderoso, con el ejemplo.

CONTENIDO

Prefacio	11
Introducción	13
Mateo: la sorpresa de la obediencia desobediente	
1 - La definición de moralidad dada por Jesús	21
2 - El fariseo interior	35
3 - La respuesta del corazón	43
Marcos: la sorpresa del Rey que sufre el destino de un criminal	
4 - La sorpresa de la misión de Jesús	57
5 - El llamado de Jesús para llevar la cruz	73
6 - Pecadores quebrantados y ciegos	77
Lucas: la sorpresa de los de fuera, siendo incluidos	
7 - La sorprendente comunidad de Jesús	91
8 - Pecadores honestos	105
9 - El único medio	113
Juan: la sorpresa del Creador como criatura	
10 - Jesús y la verdadera identidad	119
11 - Deleitarse en la verdad de Emmanuel	131
12 - Bajando por la escalera	141
Conclusión	147
Notas	151
Índice de las Escrituras	169

PREFACIO

Este libro nació como una clase sobre los cuatro Evangelios, impartida en el otoño del 2008 en Naperville Presbyterian Church y con un formato ligeramente distinto, en el 2009 en The Orchard Evangelical Free Church; ambas cerca de Chicago, Illinois. Estoy en deuda con los miembros de ambas clases por su entusiasmo e ideas. El material también se ha perfeccionado a lo largo de los años gracias a otras oportunidades de enseñanza y predicación, como la estancia de dos semanas enseñando los cuatro Evangelios en el Theological College of Central Africa en Ndola, Zambia.

Este libro, originalmente, fue publicado con el título *Defiant Grace* [*Gracia desafiante*] en el 2011; la versión actual, diez años después (publicación en inglés), conserva gran parte del mismo material, pero ha sido reelaborado y pulido. Es un placer particular para mí, que el primer lugar de enseñanza de este material fue en Naperville Presbyterian Church, donde ahora sirvo, después de haber sido llamado, en el 2020, para la labor pastoral.

Señalar el semillero de estas reflexiones ayuda a explicar a qué público van dirigidas, ya que han surgido en el contexto de la iglesia local. Este libro no está escrito para la academia, aunque me he beneficiado de numerosos estudiosos cuyos nombres rara vez aparecen en estas páginas. Tampoco está dirigido a líderes cristianos, aunque la deuda que tengo con ciertos líderes de la iglesia

actual es impagable. Está escrito para los creyentes que viven el día a día o, para los que investigan quién era Jesús en realidad, es decir, cualquiera que esté interesado en escuchar de nuevo el corazón del cristianismo escuchando a Jesús. Si no quieres saber nada de los cristianos ni de la Iglesia, pero te intriga saber sobre Jesús mismo, este libro es para ti. Si, por el contrario, te consideras cristiano, pero la obediencia te parece un impuesto que pagas a Dios (con la esperanza de que te sobre algo para vivir), este libro también es para ti.

Reconozco con alegría y gratitud a aquellos de mis maestros que han contribuido al trasfondo teológico y personal del que ha surgido este libro; algunos ya en la presencia del Señor, otros vivos aún, algunos por sus escritos, otros por su amistad. Los lectores familiarizados con los ministerios de Martín Lutero, Jonathan Edwards, Adolf Schlatter, C.S. Lewis, Martyn Lloyd-Jones, Paul Tournier, Helmut Thielicke, Richard Bauckham, Brian Martin y Ray Ortlund Jr. notarán con agrado la influencia que estos regalos dados a la iglesia han tenido en mi propia comprensión de la realidad espiritual. Este pequeño libro es tanto de ellos como mío y, está dedicado al último mencionado en la lista, mi padre, quien, de cien maneras que reconozco y mil que no, me ha mostrado el significado y la belleza del evangelio.

También estoy agradecido a Brad Byrd y al equipo de 10Publishing.

Mi mayor deuda, más que con cualquiera de los hombres antes citados es la que tengo con mi mejor amiga y compañera de vida. Stacey no solo leyó y mejoró cada capítulo, sino que sigue aguantándome y animándome cada día. Por esto y por las innumerables formas en que iluminas mi vida, gracias, cariño.

Dane Ortlund

INTRODUCCIÓN

JESÚS ES SORPRENDENTE. Su venida cumplió las antiguas profecías, pero no las expectativas. Más bien, destrozó las expectativas.

En la Biblia, cada uno de los cuatro Evangelios nos presenta a un Jesús que pone de cabeza nuestras intuiciones preconcebidas sobre quién es y cómo debemos seguirlo. Por tal motivo, así como alguien que, debido a una mala postura en su columna, necesita repetidamente ir al quiropráctico para enderezar su espalda, nuestra comprensión de Jesús necesita enderezarse una y otra vez, ya que nuestra mala postura espiritual desvía nuestra percepción de Él, domesticándolo y haciéndolo conforme a nuestra imagen, en lugar de ser nosotros quienes seamos transformados a Su imagen.

La gracia que se nos otorga en Jesucristo es sin medida. Por esta razón, se niega a dejarse atar a nuestro sentido innato de la rectitud, la reciprocidad y justicia. Es una gracia sorprendente.

Pocos han captado mejor, la sorpresa de la gracia, que el sacerdote episcopal y escritor estadounidense Robert Farrar Capon en su descripción de lo que los reformadores protestantes recuperaron hace cinco siglos. Reflexionando sobre por qué Martín Lutero se negó a aprobar el celibato forzoso de los sacerdotes, Capon escribió:

La Reforma fue una época en la cual la gente llegó a estar cegada por la borrachera porque habían descubierto, en el sótano polvoriento del medievalismo tardío, toda una bodega llena de bebida con añejo de 1.500 años y de la mejor calidad. Poseían botella tras botella del destilado puro desde las Escrituras que convencería a cualquiera de que Dios nos salva sin ayuda de nadie.

El redescubrimiento que se tuvo de la gracia en la Reforma es un hallazgo que debe tener lugar de nuevo; no solo en su tipo, también en su grado de pureza, en cada generación. La iglesia está siempre a pocas generaciones de perder el evangelio. D. A. Carson relata un recuerdo tan fascinante como aterrador:

He oído a un líder menonita evaluar su propio movimiento de esta manera. Una generación de menonitas apreciaba el evangelio y creía que la implicación del mismo radicaba en ciertos compromisos sociales y políticos. La siguiente generación, asumió el evangelio y enfatizó los compromisos sociales y políticos. La generación actual se identifica con los compromisos sociales y políticos, mientras que el evangelio es confesado o repudiado de diversas maneras; ya no se encuentra en el centro del sistema de creencias de algunos que se autodenominan menonitas.

El evangelio primero se apreció, luego se asumió y después se perdió. Este proceso de involución espiritual no se limita, por supuesto, a una rama concreta de la iglesia. En estado neutral, todos tendemos a alejarnos de la maravilla del evangelio. Por esto, mi objetivo en este libro es ayudarnos a apreciar el evangelio.

Es más fácil decirlo que hacerlo. Por mucho que rindamos tributo a la gracia con nuestros labios, nuestros corazones están tan impregnados de la ley que la vida cristiana debe consistir, en

esencia, en bañar continuamente nuestros corazones y mentes en la gracia del evangelio. Somos adictos a la ley. Ajustar nuestras vidas a un marco moral, seguir las normas, cumplir un estándar mínimo, es lo que nos parece normal. Y así es como intentamos curar de forma natural ese profundo sentimiento de inadecuación que llevamos dentro. Entonces, la verdadera pregunta no es cómo evitar convertirnos en un fariseo, sino cómo recuperarnos de ser los fariseos que todos, desde el vientre materno, ya somos.

La ley parece segura, mientras que, la gracia luce como un riesgo. El cumplimiento de las normas genera una sensación de manejabilidad; la gracia parece un vértigo moral. Ya que, al fin de cuentas, si todo lo que somos es por gracia, entonces no hay límite a lo que Dios puede pedirnos. Pero si parte de nuestra virtud se debe a la contribución personal, lo que Dios puede pedirnos tiene un límite. Solo puede llevarnos hasta cierto punto, solo puede pedirnos hasta cierto punto.

Ese no es el llamado de Cristo. El Jesús de los Evangelios desafiaba nuestra moralidad domesticada que sigue las reglas. Fueron los pecadores más extravagantes de la época de Jesús los que recibieron Su más compasiva acogida; fueron los más escrupulosamente respetuosos de la ley los que fueron objeto de Su denuncia. No se trata de que debamos retomar el pecado. Sino que debemos abandonar la tonta insistencia en nuestro sentido de autoestima, basado en nuestro historial continuo de moral. Es mejor una vida de pecado con penitencia que una vida de obediencia sin ella.

Este libro es un llamado a zambullirnos *hasta el fondo* en la inundación de la libertad que da el evangelio. No es presentar la gracia descafeinada que nos da palmaditas en la mano, ignora nuestras rebeliones más profundas y no nos cambia, sino la gracia de alto octanaje que toma nuestra conciencia por el cuello y nos infunde nueva vida con un perdón tan escandaloso que no podemos evitar cambiar. Este libro es una exhortación fraternal para apartar la brumosa nube de condenación que se cierne sobre

nosotros a lo largo del día, por medio del fuerte viento de la gracia evangélica.

“No están bajo la ley, sino bajo la gracia” (Ro 6:14). Jesús es real; la gracia es subversiva; la vida es corta; el riesgo es bueno. Para muchos ha llegado el momento de abandonar de una vez por todas el “apostar a lo seguro” o dejar de jugar a ser cristianos y, zambullirnos. Es hora, como dijo Capon, de emborracharnos con la gracia de la mejor calidad, con la gracia subversiva. Jesús no nos obliga a cambiar. Él nos sorprende para que cambiemos.

Este libro pretende avivar el fuego de la renovación de la gracia que ya se extiende por la iglesia del siglo veintiuno. Algo así como un resurgimiento del evangelio ha tenido lugar hoy en diversas franjas de la iglesia cristiana. Por supuesto, debemos evitar las generalizaciones fáciles. Sin embargo, la predicación y la enseñanza actuales, los libros y los blogs, las conferencias y las coaliciones ponen de manifiesto que el evangelio de la gracia se está reafirmando y valorando maravillosamente. Muchos han estado caminando con el Señor durante años, pero recién ahora están descubriendo el nuevo universo mental y emocional de la *gracia*.

Todo esto lo recibimos felizmente de la mano del Señor. La necesidad del momento, sin embargo, no es la autocomplacencia ni el diagnóstico presumido de quién “entiende” el evangelio de la gracia. La necesidad del momento es una reverencia más profunda, nuevos niveles de asombro ante la bondad que se nos ha mostrado y una oración susurrada para que las buenas nuevas de la misericordia gratuita de Dios en Cristo, se extiendan con un contagio continuo con efectos que se dejen sentir en las generaciones venideras.

La propagación de ese contagio es la razón de ser de este libro. *Sorprendidos por Jesús* está dividido en cuatro partes, una sobre la representación que cada Evangelio hace de Jesús. Dentro del tratamiento que se hace de cada Evangelio, hay un puñado de breves capítulos. En Mateo, vemos la sorpresa de la obediencia desobediente. Allí, la *definición de moralidad* de Jesús es contrain-

tuitiva, contraria a todas nuestras expectativas. Marcos nos muestra la sorpresa del rey como criminal. De este modo, la *misión* de Jesús es contraintuitiva. En Lucas, nos encontramos con la sorpresa de que los de afuera se convierten en los de adentro, y los de adentro, curiosamente, en los de afuera. Así, la *comunidad* de Jesús es contraintuitiva. Y en Juan, vemos la sorpresa del Creador tomando carne y sangre como criatura. Se aprecia, entonces, que la *identidad* de Jesús es contraintuitiva.

En términos teológicos, nuestro tratamiento de Mateo se sitúa en el ámbito de la moral, el de Marcos en la expiación, el de Lucas en la eclesiología (doctrina de la iglesia) y el de Juan en la cristología. Una y otra vez, nuestras expectativas intuitivas sobre Jesús y Su labor se ponen de cabeza: a quién excluye, qué vino a cumplir, a quién acoge y quién es Él. Estos énfasis, por supuesto, no son mutuamente excluyentes. El relato de los cuatro Evangelios nos enseña sobre estas cuatro áreas teológicas. Sin embargo, a pesar de todas sus coincidencias, Dios nos ha dado cuatro relatos, no uno. Y de una manera única en cada relato evangélico, vemos que la desconcertante compasión de Jesús se enfrenta a nuestras expectativas intuitivas sobre la moralidad, la expiación, la eclesiología y la cristología. El Jesús de los Evangelios desafía nuestra existencia segura, saturada de leyes y de cuentas pendientes.

Jesús posee muchas cualidades, pero *predecible* no está en la lista. Él no es, en palabras del Sr. Beaver, “seguro”. Sorprendente, llamativo, exasperante, desconcertante, sí; pero no insignificante ni predecible. En cuanto nos convencemos de que Dios es real y la Biblia tiene sentido, Jesús, el verdadero Jesús, llega a la escena y pone todas nuestras expectativas intuitivas de cabeza.

Pero, aunque la gracia de Jesús que desafía la intuición nos sorprende, nuestra confusión no le sorprende. Él lo sabe todo. Además, es un maestro paciente, más paciente y tierno de lo que nos atrevemos a creer.

Déjate sorprender, conmigo, por el verdadero Jesús.

MATEO

LA SORPRESA DE LA
OBEDIENCIA DESOBEDIENTE

LA DEFINICIÓN DE MORALIDAD DADA POR JESÚS

LA OBEDIENCIA PUEDE SER CONDENATORIA.

Paul Tournier, el psicólogo francés del siglo pasado, nos ayuda a entender la declaración anterior: “La extraña paradoja presente en cada página de los Evangelios”, escribe sobre el ministerio de Jesús, “y lo que podemos comprobar cualquier día, es que no es la culpa el obstáculo para la gracia, como supone el moralismo. Por el contrario, el obstáculo es la represión de la culpa, la autojustificación, el creer que se tiene una genuina justicia propia y el engreimiento”. En consecuencia, “ante Jesús no hay dos categorías humanas opuestas, es decir, el culpable y el justo, sino que, ante Él, solo hay culpables”.

La distinción más profunda que existe entre los seres humanos no es entre los malos y los buenos, sino entre los que *saben* que son malos y los que no lo *saben*. Sin embargo, curiosamente, no son los malvados los que tienen más dificultades para darse cuenta de esta diferencia, sino los obedientes. Jesús, escribe Tournier, expone

constantemente la culpa de “las personas morales y escrupulosas, al proclamar que todos los hombres son igualmente pecadores a pesar de todos sus esfuerzos. De este modo, no será alardeando de su impecabilidad, sino confesando su culpa, por el arrepentimiento, como encontrarán la gracia que la borra”. La “obediencia” escrupulosa es, más a menudo de lo que pensamos, desobediencia apenas velada. Esta, por tanto, puede ser condenatoria.

En ninguna parte se expone esto con mayor nitidez que en el Evangelio según Mateo. Para verlo, nos enfocaremos en la enseñanza de Jesús sobre la vida en el reino de Dios en Mateo 19 – 20. Aquí encontramos claramente la gran sorpresa de Mateo: que la extraña forma para participar en las alegrías del reino de Dios no es autocalificarnos para ello, sino reconocer francamente nuestra descalificación, la que se manifiesta no solo en el incumplimiento de las normas, sino también en la observancia de estas. Cumplir las reglas no apaga el pecado de nuestro corazón, como tampoco las cubetas con gasolina apagan las llamas de la chimenea. Mateo nos ayuda a ver esto.

En primer lugar, nos centraremos en una parte del Evangelio haciendo breves observaciones mientras vemos el texto. Después de arar la tierra, cosecharemos un poco, uniendo todo el hilo conductor de esta parte del relato de Mateo.

¿Qué es lo mínimo que debo hacer?

Mateo 18 – 20 describe cómo debe ser la vida en el Reino de Dios. Y, una y otra vez, surge la misma pregunta, aunque formulada por personas muy diferentes.

La pregunta es: “¿Qué es lo mínimo que debo hacer?”.

En Mateo 18:21-35, Pedro le pregunta a Jesús cuántas veces debe perdonar a su hermano. “¿Hasta siete veces?” (18:21). “Jesús, ¿dónde está el límite? ¿En qué momento puedo ser libre para dejar de perdonar?”. Pedro pregunta qué es lo mínimo que puede hacer con respecto al perdón.

El siguiente relato es una conversación entre Jesús y los fariseos (19:1-12). Sin embargo, el mismo asunto del corazón está presente bajo las distinciones externas entre los pescadores, obreros de bajo nivel, que lo habían dejado todo para seguir a Jesús y los fariseos moralmente meticulosos que se sentían amenazados por Él. Pues, cuando los fariseos le preguntan sobre el divorcio, en el fondo le están diciendo: “¿Qué es lo mínimo que debo hacer con respecto al matrimonio?” (ver 19:3). “¿En qué momento he cumplido lo que la ley judía exige de mí en el ámbito matrimonial?”.

Por último, después de que Jesús reprende a Sus discípulos por prohibir a los niños acercarse a Él (19:13-15, pasaje al que volveremos después), un joven rico se acerca a Jesús preguntándole qué debe hacer para obtener la vida eterna (19:16-22). Su pregunta nos lleva al punto crucial en estos tres relatos, presentándonos la pregunta que está detrás de las otras. Este joven pregunta: “¿Qué es lo mínimo que debo hacer para obedecer?”.

En cada uno de los relatos se trata el mismo cuestionamiento con distintos ropajes, pero este tercer caso nos lleva a la raíz de los tres. Aquí, hemos llegado a la preocupación común planteada por Pedro, los fariseos y el joven rico: “¿Cuál es la obediencia mínima que debo cumplir —se pregunta cada uno— para librarme de Dios?”.

Retomemos la historia sobre la pregunta del joven y escuchemos a Jesús, permitiendo que esta tercera y última conversación nos lance al resto de Mateo 19 – 20.

Gestionando la moralidad

“Maestro, ¿qué cosa buena haré para obtener la vida eterna?” (19:16). He aquí un hombre que ha sido capaz de pagar todo en la vida con dinero, acaso ¿no puede también pagar su camino a la vida eterna con la obediencia?

Sin embargo, es difícil obtener la respuesta correcta cuando se hace la pregunta equivocada. Porque desde el principio nos damos cuenta de que este joven aún no ha aprendido lo que Tournier nos

ha recordado: la pregunta no es “¿quién pasará la evaluación y será determinado justo?”, sino “¿quién admitirá que nunca podrá pasar la evaluación?”. Un estudiante de bachillerato no pregunta qué tipo de sangre debe tener para poder entrar en el equipo de fútbol, pues para un cuestionamiento así no hay una respuesta correcta, ya que la misma pregunta delata un mal entendimiento de lo que se necesita para estar en el equipo. El tipo de sangre es importante, pero irrelevante para acceder al equipo de fútbol. La obediencia es importante, pero irrelevante para acceder a la vida eterna. El cielo no se gana con la obediencia, sino que es dado como un regalo.

Aun así, Jesús le sigue el juego:

Jesús le respondió: “¿Por qué me preguntas acerca de lo que es bueno? Solo Uno es bueno; pero si deseas entrar en la vida, guarda los mandamientos”. “¿Cuáles?”, preguntó el hombre. Y Jesús respondió: “No matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; no darás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a ti mismo” (19:17-19).

Desde la perspectiva de la Biblia, hay dos formas de resumir la ley del Antiguo Testamento. Una es usando los Diez Mandamientos (Ex 20:3-17; Dt 5:7-22). La otra es usando el doble mandamiento de “amarás al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza” (Dt 6:5) y “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19:18), que es como Jesús mismo resume la ley en Mateo 22:37-40. En ambas listas, tenemos elementos verticales seguidos de elementos horizontales. Ambas listas comienzan con nuestra relación con Dios y luego pasan a nuestras relaciones con los demás. Aquí, en Mateo 19, Jesús extrae la dimensión horizontal de ambos resúmenes de la ley y se los presenta al joven. De los Diez Mandamientos, Jesús ha ignorado los números del

uno al cuatro, y del doble mandamiento ha ignorado la primera parte. En ambos casos, se omite la dimensión vertical.

Sin embargo, ¿es esto totalmente cierto? Tras un examen más detenido, vemos que no es del todo cierto. Jesús ha citado solo cinco de los seis mandamientos horizontales del Decálogo. Uno queda fuera: el Décimo Mandamiento, el cual prohíbe la codicia. ¿Por qué Jesús lo dejaría fuera de la lista?

Jesús ha pasado por alto este último mandamiento horizontal por la misma razón por la que es el único que Pablo menciona en Romanos 7 como el que ha despertado el pecado en él: es el único mandamiento horizontal que se dirige al corazón. El asesinato, el adulterio, el robo y los demás son pecados observables. La codicia es un pecado del corazón. Es interno, invisible.

Jesús ha puesto ante el joven rico todos los mandamientos que, a primera vista, son externamente manejables.

Exponiendo los ídolos

En consecuencia, el joven responde con confianza: “Todo esto lo he guardado”. Ha ido marcando cada una como cumplida. Pero la pregunta sigue en pie: “¿Qué me falta todavía?”. Incluso con ese descarado optimismo moral, el joven sabe que algo no está bien. Aquellos de nosotros que creemos haber guardado las reglas ante Dios, conocemos el sorprendente vacío que resulta de una obediencia tan rigurosa, la que, al mismo tiempo, es hueca. El teólogo suizo Adolf Schlatter, acertadamente llamó, a la moralidad de este joven, un “follaje seco”.

Jesús le respondió: “Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que posees y da a los pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven, sé Mi discípulo”. Pero al oír el joven estas palabras, se fue triste, porque era dueño de muchos bienes (19:21-22).

Jesús, con la exhortación culminante de renunciar a todo para seguirle, no estaba colgando la zanahoria de la observancia de la ley delante de este joven, incitándole a su autojustificativa observancia de la ley. En lugar de eso, ha establecido el escenario ideal para mostrarle su idolatría. Jesús ha presentado el Primer Mandamiento (“No tendrás otros dioses delante de Mí” [Ex 20:3]) sin que el joven se diera cuenta. Desenmascara el pecado del hombre no mostrándole que tenía que renunciar a sus posesiones materiales para seguir a Dios, sino que sus posesiones materiales *eran* su dios. Y como Martín Lutero señaló, no hay quebrantamiento de los mandamientos dos al diez, sin romper primero el mandamiento número uno. Si deshonramos a nuestros padres, hemos roto los mandamientos uno y cinco; nuestro dios es la independencia. Si cometemos adulterio hemos roto los mandamientos uno y siete; nuestro dios es el sexo. Y, si amamos el dinero, hemos quebrantado los mandamientos uno y diez; nuestro dios son las posesiones materiales. El Primer Mandamiento es el filtro por el que pasa todo pecado.

En vista de la seriedad con que este joven se tomaba su moralidad, es seguro asumir que cumplió con los diezmos judíos de forma apropiada. Pero Jesús lo llama a regalar todo lo que poseía porque, el mero acto de diezmar permite a un materialista mantener su ídolo básicamente intacto. Jesús va directo al núcleo del afecto más profundo del joven: su seguridad económica. Su corazón queda al descubierto. Y, tristemente, como un niño que sufre de un sarpullido irritante y prefiere rascarse en lugar de aplicarse un esteroide que lo cure, el joven prefiere el ídolo, y se marcha afligido.

Los elefantes y las partículas subatómicas

En este punto Jesús aprovecha la oportunidad para enseñar a Sus discípulos una lección:

Jesús dijo entonces a Sus discípulos: “En verdad les digo que es difícil que un rico entre en el reino de los cielos. Otra vez les digo que es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el reino de Dios”. Al oír esto, los discípulos estaban llenos de asombro, y decían: “Entonces, ¿quién podrá salvarse?” (19:23-25).

La metáfora de Jesús sobre un camello y una aguja no pretende decir nada especialmente enigmático. Simplemente evoca el animal más grande y la abertura más pequeña conocidos en la época. Si hubiera hablado hoy, habría dicho que es más fácil para un elefante pasar a través de una partícula subatómica que para un rico entrar en el reino de Dios. El punto es el mismo en ambos casos. Es imposible.

Pero ¿por qué están tan preocupados los discípulos? Al principio, para los lectores modernos les resulta desconcertante que estén tan asombrados. Si es difícil para los ricos entrar en el reino de Dios, ¿no es la solución evitar la riqueza? ¿Por qué los discípulos no se limitan a vivir en las clases media o baja de la sociedad? La razón es que no era así como funcionaba la vida para el judío del primer siglo. Las ganancias económicas eran vistas como un signo directo de la aprobación de Dios. Era indiscutible que “la bendición del SEÑOR es la que enriquece” (Pro 10:22). La bendición material se consideraba vinculada a la bendición espiritual (Dt 28:1-6, 8, 11-12). Así que, cuando los discípulos cuestionan “entonces, ¿quién podrá salvarse?”, están diciendo: “Si los que están en la cima de la estratosfera social, a los que Dios ha sonreído tan claramente, no pueden entrar, ¿qué esperanza hay para el resto de nosotros, que no tenemos esa clase de favor divino tan obvio?”.

Jesús responde enigmáticamente, afirmando la consternación que ya tenían antes de reconstruir la esperanza sobre los cimientos adecuados: “Jesús, mirándolos, les dijo: ‘Para los hombres eso es imposible, pero para Dios todo es posible’” (19:26). “Es peor

de lo que piensan”, les dice Jesús, “y mucho mejor”. Según la intuitiva, natural, moralizante y domesticada forma de pensar que cree que Dios se relaciona con la gente, dándoles lo que han ganado con su trabajo, sí, esto es imposible. Pero de acuerdo con la forma salvaje, pródiga, todo fuera de proporción, de obtener más de lo que pediste mientras no intentes pagarlo, de como Dios se relaciona con Su pueblo, todo es posible. “Por encima de nuestras propias imposibilidades”, escribió Schlatter, “está la omnipotencia de la gracia”.

Los herederos no obtienen

“Entonces Pedro le respondió: ‘Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, recibiremos?’” (19:27). Como en el caso de la pregunta equivocada del joven rico en el versículo 16, Pedro aquí, también hace una pregunta equivocada. Sin embargo, Jesús responde asegurando a Pedro y a los discípulos que todo lo que han hecho será recompensado abundantemente en la tierra nueva: “Y todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos o tierras por Mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (19:29).

Dos observaciones nos ayudan a comprender lo que ocurre aquí. En primer lugar, esta no es la única referencia a la “vida eterna” que hemos visto en Mateo 19. Recordemos que, en el versículo 16, el joven rico preguntó qué tenía que hacer para obtener la vida eterna. Pero observa que el joven hablaba de *obtener*. El versículo 16 dice literalmente: “¿Qué cosa buena haré para obtener la vida eterna?”. En el versículo 29, sin embargo, Jesús habla de los que renuncian a todo por Su causa como *herederos* de la vida eterna. Los herederos no obtienen, sino que reciben, y esto es por simplemente haber nacido en la familia, sin virtud propia. El hijo único de un multimillonario no tiene que *hacer* nada para heredar la fortuna cuando fallece su padre.

En segundo lugar, Pedro se veía claramente a sí mismo como el polo opuesto del joven rico. Mientras el joven desaparece lentamente por el camino, Pedro se vuelve hacia Jesús y le recuerda: “Lo hemos dejado todo...”. El joven se negaba a dejar casa y hogar para seguir a Jesús, pero Pedro había hecho precisamente eso (ver también 4:18-20). Sin embargo, aunque el joven rico y Pedro respondieron a Jesús de formas opuestas, *ambos trataban el discipulado precisamente de la misma manera*. Los dos consideraban la lealtad a Jesús como una transacción económica. El joven quería su dinero, así que no siguió a Jesús. Pedro quería una recompensa, así que siguió a Jesús. Ninguno de los dos quería a Jesús. ¿Hay realmente mucha diferencia si la desobediencia o la obediencia son el sustituto del Salvador? Como escribió Lewis en una ocasión: “¿Acaso le importa a un hombre que muere en el desierto por qué camino se perdió el único pozo?”.

Jesús no solo anuló la negativa del joven rico de sacrificar todo, sino que, también el compromiso de Pedro de sacrificar todo, pero inmediatamente da la certeza de recompensa a Sus leales seguidores con el extraño comentario: “Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros” (19:30).

¿Qué significa eso?

Los últimos serán los primeros

Evidentemente, los discípulos se preguntaban lo mismo. Y, como hacía a menudo, Jesús contó una historia. Habló de un terrateniente que contrataba trabajadores para su viña en diferentes momentos a lo largo del día y pagaba a cada uno el jornal completo.

Para mostrar hasta qué punto la historia de Jesús habría sonado como algo puesto de cabeza para un judío del siglo primero, escuchemos las palabras de un rabino, aproximadamente de la época de Jesús, en un comentario sobre parte de la ley del Antiguo Testamento. Este rabino reflexiona sobre Levítico 26, que habla sobre una serie de bendiciones por la obediencia. En un

momento dado, Dios describe la forma en que responderá a la obediencia de Su pueblo asegurándoles: “Me volveré hacia ustedes”, que también puede traducirse como “les tendré consideración” (Lv 26:9). La mentalidad de este rabino, así como la mía, ilumina la dinámica del corazón que Jesús está derribando.

“Y yo tendré consideración de ustedes”. Contaron una parábola. ¿Cómo es el asunto? Es como un rey que contrató a muchos obreros. Había un obrero en particular que había trabajado para él muchos días. Los obreros fueron a recibir su paga y este obrero entró con ellos. El rey le dijo: “Hijo mío, voy a tener una consideración especial contigo. A estos muchos que trabajaron conmigo un poco, les pagaré un poco. Pero estoy a punto de saldar una gran cuenta contigo...”. Por eso se dice: “Y yo te tendré consideración”.

Esto no demuestra que los judíos tuvieran más justificación propia que otros pueblos antiguos. Sin embargo, esto no se debe a que los judíos *no* tuvieran problemas con la justificación propia, sino a que todos los demás lo *tienen*. El judaísmo no es más “legalista” que cualquier otra religión, siempre y cuando esa religión esté formada por seres humanos, ya que la propensión a ganarse el favor de Dios en lugar de recibirlo es un problema humano, no judío.

Ahora escuchemos cómo Jesús explica la respuesta de Dios a nuestro trabajo duro en Su nombre.

Porque el reino de los cielos es semejante a un hacendado que salió muy de mañana para contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió después como a la hora tercera, y vio parados en la plaza a otros que estaban sin trabajo; y a estos les dijo: “Vayan también ustedes a la viña,

y les daré lo que sea justo”. Y ellos fueron. Volvió a salir como a la hora sexta y a la novena, e hizo lo mismo. Y saliendo como a la hora undécima, encontró a otros parados, y les dijo: “¿Por qué han estado aquí parados todo el día sin trabajar?”. Ellos le dijeron: “Porque nadie nos ha contratado”. Él les dijo: “Vayan también ustedes a la viña”.

Al atardecer, el señor de la viña dijo a su mayordomo: “Llama a los obreros y págales su jornal, comenzando por los últimos y terminando con los primeros”. Cuando llegaron los que habían sido contratados como a la hora undécima, cada uno recibió un denario. Cuando llegaron los que fueron contratados primero, pensaban que recibirían más; pero ellos también recibieron un denario cada uno. Y al recibirlo, murmuraban contra el hacendado, diciendo: “Estos últimos han trabajado solo una hora, pero usted los ha hecho iguales a nosotros que hemos soportado el peso y el calor abrasador del día”.

Pero respondiendo el hacendado, dijo a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero yo quiero darle a este último lo mismo que a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo que es mío? ¿O es tu ojo malo porque yo soy bueno?”. Así, los últimos serán primeros, y los primeros, últimos (20:1-16).

No lo que ganamos, sino lo que necesitamos

Con la última frase de la parábola, Jesús retoma Sus palabras del último versículo de Mateo 19: “Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros”. Es Su forma de indicar que la parábola desarrolla lo que quiso decir al final del capítulo 19, cuando enunció por primera vez este principio.

¿Qué comunica, entonces, esta parábola?

El objetivo es doble. En primer lugar, con respecto a los contratados a la hora undécima del día, y, en segundo lugar, con respecto a los contratados más temprano. El segundo grupo, los trabajadores contratados más temprano, será nuestro principal enfoque.

Vemos la generosidad compasiva del terrateniente que trata a los trabajadores contratados más tarde en el día no según lo que merecen, sino según lo que *necesitan*. Un denario era el salario de un día. Servía para alimentar a la familia del trabajador durante esa jornada (ver Dt 24:14-15). Sin embargo, los trabajadores ni siquiera buscaban el trabajo; fue el terrateniente quien buscó a los trabajadores. De hecho, este ni siquiera dejó que su capataz buscara a los trabajadores; él mismo los buscaba. Basándose en sesenta años de experiencia viviendo y enseñando el Nuevo Testamento en Egipto, Líbano, Jerusalén y Chipre, el profesor Kenneth Bailey, nos ayuda a entender lo extraño de las acciones del terrateniente aquí:

Los terratenientes de Medio Oriente son conocidos tradicionalmente como caballeros granjeros. Contratan a otros para trabajar la tierra y nombran a un capataz o mayordomo para gestionar la finca. Un terrateniente tradicional puede dar a su mayordomo instrucciones cuidadosas por la mañana y pedir un informe al final del día. Pero hacer el viaje, en persona, de la granja al mercado y volver cinco veces en un solo día es impensable. Ese es el trabajo del mayordomo.

Y, además, cabe preguntarse cuánta ayuda podría haber aportado realmente a la viña esa última oleada de contrataciones. Los trabajadores más tardíos fueron contratados a la hora undécima, es decir, a las 5 de la tarde. En una jornada laboral que iba desde la salida del sol (6 de la mañana) hasta su puesta (6 de la tarde), esto significaba que el terrateniente obtuvo solo una hora de trabajo.

De hecho, no leemos que los trabajadores empezaron a trabajar a la hora undécima, sino que el terrateniente “salió” en busca de más trabajadores a la hora undécima (20:6). Para cuando todos regresaron a la viña y el capataz les explicó el trabajo, tal vez solo fueron treinta minutos o menos de trabajo real lo que el terrateniente consiguió de estos rezagados.

El terrateniente no necesitaba a los trabajadores, los trabajadores necesitaban al terrateniente. Como señala Jerry Bridges, la parábola nos muestra que Dios no nos da lo que nos hemos ganado. Nos da lo que necesitamos.

Cuando nuestra gratitud por la gracia recibida se convierte en un resentimiento como el de Jonás por el hecho de que otros menos merecedores hayan recibido la gracia, demostramos que, de hecho, no hemos entendido la gracia que hemos recibido. Porque si la gracia es realmente gracia, concedida gratuitamente, y no está ligada a ningún mérito o demérito personal, entonces es imposible que alguien la merezca menos o más que otra persona. Bailey señala acertadamente que los trabajadores gruñones no lo están porque se les pague mal, sino porque otros, en su percepción, están sobrepagados:

La historia se centra en una ecuación llena de gracia asombrosa, que es resentida por aquellos que sienten que han ganado su camino a más... La queja es de los justamente pagados que no pueden tolerar la gracia... ¡La gracia no solo es asombrosa, también es —para ciertas personas— *exasperante!*

Jesús nos sorprende con Su gracia sorprendente.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Sorprendido por Jesús*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!